

Comentario

Jean François Prud'homme

2

2

9

En este tipo de eventos una de las tareas del comentarista consiste en identificar y poner en evidencia los elementos comunes a los casos nacionales presentados. Hay una especie de exigencia de ejercicio de política comparada que hace énfasis en las semejanzas. Y de hecho en la presentación de los estudios de casos que acabamos de escuchar hay coincidencias aparentes que nos incitan a formular comentarios de carácter general. Entre otras coincidencias resaltan: la ubicación de los procesos electorales dentro de un contexto de transición de regímenes autoritarios con fuerte presencia militar hacia regímenes civiles más abiertos a la participación de una

diversidad de fuerzas políticas; la recuperación de la centralidad del proceso electoral como forma de institucionalización del conflicto político; la tendencia a una relativa desideologización (en su acepción común) de las ofertas programáticas de los partidos políticos; la preponderancia del discurso neoliberal como eje articulador del debate político; la inevitable modernización de las técnicas que sirven de sustento a la elaboración de las estrategias electorales y, cuestión fundamental, la dificultad de pensar y consolidar la democracia política en condiciones de desigualdad social pronunciada.

No obstante, a pesar de la visibilidad de estas coincidencias que aparecen en

2
3
0



el desarrollo de procesos electorales recientes en América del Sur y antes de ceder a la tentación de las generalizaciones, cabe hacer una advertencia que va en el sentido de limitar el alcance de dichas generalizaciones.

El estudio de los fenómenos electorales en los cinco países que hoy nos interesan, responde a una especificidad anclada en la historia de la conformación de la institucionalidad (entendida aquí en la acepción amplia de la palabra tal como fue formulada por Samuel Huntington) en cada uno de los países considerados. Esto quiere decir que hay que ser sumamente conscientes de que los procesos electorales en cada país constituyen una manifestación de una serie de fenómenos complejos que más que inducimos a hablar de semejanzas nos llevan más bien a insistir en la especificidad nacional.

Esta especificidad se expresa en varios niveles. En el plano jurídico-institucional —o instrumental— las características de los distintos regímenes políticos (es decir relación ejecutivo/legislativo, relación entre las distintas instancias territoriales de poder, etc.) y de las reglas de la competencia electoral marcan fuertes diferencias entre los países considerados.

En el plano del sistema político global, el sistema de partidos con sus características específicas tales como el número total de los partidos, el número de partidos que constituyen fuerzas políticas relevantes, la posibilidad y deseabilidad de la constitución de coaliciones electorales, la existencia de un espectro más o menos amplio de opciones ideológicas, las racionalidades operativas de los partidos y su organización interna, adquiere rasgos distintivos que contribuyen a darle especificidad a cada caso nacional.

Y finalmente, en el plano de la cultura política, el papel de los partidos tiene un significado muy diferenciado en cada una de las sociedades estudiadas: la pertenencia a un partido político en sociedades como la chilena o la uruguaya no tiene el mismo significado en la constitución de las identidades individuales y de la subjetividad política que en sociedades como la brasileña, la argentina o la paraguaya.

Por definición los procesos electorales conllevan una alta dosis de subjetividad en la medida en que se fundamentan en la expresión de selección de opiniones del ciudadano en que intervienen una serie de factores que van más allá del interés objetivo y racional. Por lo tanto están inmersos en la historia de la constitución de la subjetividad política en cada país.

Tomando en consideración esa limitante, voy a plantear algunos problemas comunes que aparecieron de manera más o menos evidente en los casos que nos interesan hoy.

Primero, el conjunto de los procesos electorales aquí considerados tiene por característica ser parte de un proceso de transición hacia regímenes civiles abiertos a la competencia partidaria. En algunos casos como los de Uruguay, Argentina y parcialmente Brasil se trató de elecciones de consolidación de la transición. En los casos de Chile y Paraguay (aunque en este último caso se habían mantenido por lo menos aspectos rituales de la competencia electoral) se trató de elecciones fundacionales.

Aun si se toman en consideración las diferencias de origen (naturaleza del régimen autoritario) parece ser que el momento de la transición (fundación o consolidación) tiene una influencia sobre el contenido de la agenda del debate electoral. En el caso de las elec-

2

3

1

2
3
2

ciones fundacionales, lo que está en juego son más las reglas de operación que van a fundar la nueva institucionalidad que el contenido de las políticas que va a instrumentar el nuevo gobierno. Tal como se mencionó en la ponencia sobre el caso uruguayo, parecería que el tema de las grandes orientaciones políticas emerge en el momento de las elecciones de consolidación de la transición.

En el caso de este tipo de elecciones llama la atención el hecho de que tanto en Argentina como en Uruguay y en Brasil, los partidos que encabezaron el primer gobierno de transición salieron derrotados en las elecciones de consolidación. Una lectura superficial de la situación podría llevar a interpretar este acontecimiento como un indicador del buen estado de salud de las nuevas democracias que permiten ya la alternancia en el poder. Una lectura menos superficial podría llevarnos a reflexionar sobre los costos que implica el manejo de la transición sobre todo cuando en situaciones como la argentina y la uruguaya están de por medio orientaciones axiológicas en cuanto a la actitud asumida con respecto al pasado autoritario (derechos humanos). Pero si consideramos también el desplome del PMDB en Brasil y el discurso antipolítico (o antipolíticos) del vencedor en la última contienda electoral en ese país, Collor de Mello, nos podemos preguntar hasta qué punto el grado de compromiso y de concertación necesario en los primeros momentos de la transición o "la obsesión por la gobernabilidad" no llevan a un rechazo en la opinión pública de la política entendida como negociación. Aquí se plantea la paradoja de que la recuperación del espacio político crea un cierto rechazo a la política en-

tendida como negociación o por lo menos a los políticos que la llevaron.

De todas maneras, más allá de esas apariencias sigo insistiendo en la necesidad de tomar en consideración los factores propios de la vida política de cada sociedad para producir una explicación del fenómeno. Será interesante seguir la transición chilena para ver si se repite el mismo fenómeno.

En segundo lugar, el carácter transicional de las elecciones consideradas plantea también la cuestión de las identidades y lealtades partidarias y de manera indirecta el problema de los sistemas de partidos. Entre las interrogantes más escuchadas en sociedades como la uruguaya, la argentina y la chilena estaban: Después del largo intervalo autoritario, ¿qué habrá pasado con las identidades partidarias?, ¿cómo se van a recomponer las preferencias partidarias?

Parece que en los casos chileno, uruguayo y en menor medida en el argentino, las grandes orientaciones electorales se han mantenido después del intervalo autoritario. En los tres casos no hubo, en el periodo autoritario, intentos de reconstrucción del sistema de partidos o de constitución de un partido oficial como en Brasil.

No obstante, valdría la pena indagar si los mecanismos de constitución de las identidades partidarias y lealtades políticas operan a partir de las mismas modalidades que antes o si más bien la politización del ciudadano opera en un sentido de desideologización en la creación de las identidades y lealtades políticas.

El caso de Brasil plantea otro problema en términos de sistema de partidos. El régimen militar modificó el sistema de partidos anterior al golpe. Como ya se mencionó nos encontramos ante



2

3

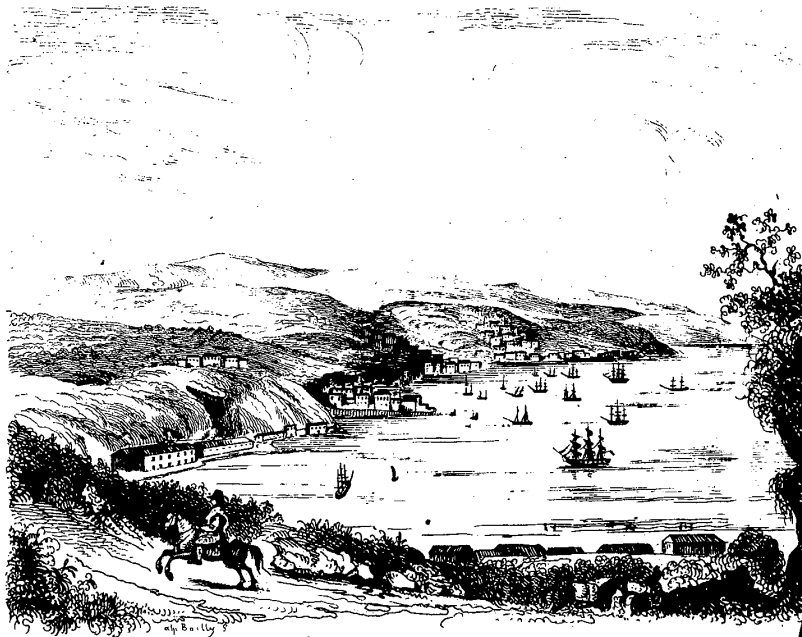
3

una situación en que los grandes partidos de la transición perdieron en estas últimas elecciones el apoyo del electorado: el caso del PMDB es dramático a este respecto. La elección de Collor de Mello a la presidencia, casi sin apoyo partidario refleja bien el problema de la reconstrucción del sistema de partidos y de las identidades partidarias en Brasil.

Esta situación nos lleva a plantear un tercer problema común al conjunto de los casos. Los procesos electorales aquí presentados parecen estar marcados por una cierta modernización de las técnicas que sustentan el diseño de las estrategias electorales en América Latina. Para recuperar el espíritu de una película del momento, podríamos caracterizar esta modernización como: Política, mentiras y video. La fabricación de las imágenes de los candidatos y el uso de métodos de mercadotecnia para orientar la oferta de programas políticos conocen una expansión sin preceden-

tes en el continente. Vale la pena tratar de estudiar los efectos de esta manera de hacer política sobre la función social de los partidos políticos en el caso de sociedades con fuerte tradición partidaria. Una hipótesis que sería interesante tratar de comprobar, tiene que ver con un eventual declive del tipo de partido político que constituye una subcultura para amplios sectores de la población (el partido de masas) y una consolidación del tipo de partido político que proporciona identidades laxas, más efímeras, que responden más bien a estilos de vida.

En el caso de una sociedad como la brasileña, donde el sistema de partidos está en plena reconstrucción, esta nueva manera de hacer política puede constituir un obstáculo para la constitución de un sistema de partidos sólido y favorecer el surgimiento de líderes políticos fuertes sin apoyo partidario. El caso de Collor de Mello es elocuente a este



respecto y lo es más respecto a la efímera candidatura de un conocido conductor de televisión que en menos de una semana lograra ocupar el segundo lugar en las intenciones del voto de la ciudadanía.

Finalmente habría que mencionar como elementos comunes a las cinco ponencias otros temas que no vamos a examinar en profundidad aquí: la fuerza del discurso neoliberal como eje articulador del debate político, un cierto desdibujamiento de las ideologías excluyente en las ofertas programáticas y una aparente competencia por ocupar el centro político.

El estudio de los procesos electorales en América Latina está adqui-

riendo una importancia que no había tenido en el pasado. Esta importancia está vinculada a su centralidad como modalidad de la lucha política. La amarga realidad de las experiencias autoritarias contribuyó a revalorar la importancia de la democracia política como valor societario y a volver caducos los discursos que reducían la competencia electoral a manifestación secundaria de una dominación ubicada en otra esfera de la vida en sociedad. Ahora, el problema consiste en imaginar y consolidar la democracia representativa y la ciudadanía política en sociedades confrontadas a una enorme desigualdad social y atravesadas por una profunda crisis económica.